

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A VUELTAS



LA VIUDA DE NADIE

POR
LEATRICE JOY, CHARLES RAY, ETC.

N.º 134

30 cts.

CRISP, Donald

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Via Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 134



LA VIUDA DE NADIE

(NOBODY'S WIDOW, 1927)

Preciosa comedia americana interpretada por los célebres artistas LEATRICE JOY, CHARLES RAY, PHILLIS HAVER, DAVID BUTLER, etc.

Selecciones PRO-DIS-CO

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.



LA VIUDA DE NADIE

Argumento de la película

En Inglaterra existe una curiosa leyenda que asegura eterna felicidad al que se casa bajo la sombra de los viejos robles que se alzan junto a una posada.

Pensando tal vez en esa dulce tradición, cerca de la posada "Los once robles", tenía lugar una mañana de primavera una boda.

El elegante John Clayton, rápido en todas sus determinaciones, había conocido a su novia dos días antes de casarse. Y Roxana Smith, de California, mujer impresionable, no había podido contener el "sí" más que media hora después de conocer a su novio.

Bendijo el pastor el nuevo matrimonio y los contrayentes fueron obsequiados por cuantos presenciaban la ceremonia con la acostumbrada lluvia de arroz.

Roxana, vestida de blanco, estaba divinamente her-

mosa. Su belleza arrancaba comentarios de las mujeres de la aldea.

—¡Qué bonita es! ¡Cómo me recuerda a mí misma cuando fui desposada! — exclamaba cierta presumida del pueblo.

Los novios, a salvo de la curiosidad general, llegaron a la posada. Pasarían allí la noche y al día siguiente partirían hacia la ciudad.

Estaban en una salita, propicia y suave a las confidencias. Roxana preguntó a su esposo, después de estampar en sus labios un beso:

—Dime, querido mío, ¿no hay nada oculto en tu pasado? Vamos a vivir juntos para siempre y debemos conocerlos bien...

Clayton sonrió y con leve gesto de contrariedad dijo:

—Sí, amor mío, hay algo importante y es que yo quería conquistar tu amor como simple John Clayton y...

—Habla, me tienes sobre ascuas...

—Has de saber que en realidad soy Sir John George Archibald Firsbury Clayton, duque de Moray.

—Si no es más que eso... Con tal de que seas siempre mío lo mismo me da que seas duque o únicamente John Clayton — respondió Roxana, besándole de nuevo.

La estirpe de su marido no la contrariaba; al revés. Siempre para una americana rica es un alto honor emparentar con un noble europeo.

Con un "hasta luego" se despidieron los esposos.

Ella entró en su habitación para despójarse del

traje de desposada y John fué ya directamente a la estancia nupcial. Allí esperaría la llegada de Roxana.

Cuando él llegó a su cuarto encontróse con una desagradable sorpresa. En una salita vecina le aguardaba una mujer.

Al verla, el joven la contempló con indignación.

—¿Por qué viene usted aquí? Acabo de casarme y mi mujer se disgustará si la ve...

El ayuda de cámara de John levantó los brazos. ¡Qué escándalo cuando llegase la señora!

La mujer desafió con mirada arrogante a John y le respondió:

—De modo que usted se ha casado sin decirme nada?

—No tengo por qué dar cuenta a usted de mis actos y le ruego que tome el primer tren para París — le dijo John, admirado del atrevimiento de la intrusa.

Era ella una francesa, antigua amiga del noble hasta poco antes de casarse. Un "flirt" sin consecuencias que no debía trascender jamás a nada grave. Por eso le sulfuraba su presencia allí y en tales momentos. ¿Es que se había vuelto loca?

—Nada de esto. Pero no me resigno tan fácilmente a perderle...

—Márchese de aquí. El que la haya invitado un par de veces a cenar no le da derecho...

—Yo creo que sí...

Discutían acaloradamente; John con el miedo de que viniera su mujer.

Mientras Roxana comenzaba a despojarse de los velos de novia. Quitóse también el anillo nupcial,

lo que visto por su criada y confidente, ésta se apresuró a decir:

—Señorita, ¿no sabe usted que es de mal agüero quitarse el anillo de boda?

—No lo sabía...

—Sí, señorita. Debe usted hacer que su marido se lo vuelva a poner en seguida. ¡Sino, ocurrirá alguna desgracia!

Supersticiosa, Roxana accedió al consejo de la doncella. Acercóse tímidamente al cuarto de su marido. No se atrevía a entrar con el instintivo rubor de todas las novias.

Sonriendo la criada la animó:

—No tenga usted reparo, señorita. Es usted ya su esposa.

Abrió la puerta. Y un espectáculo terrible se presentó ante ella, dejándola asombrada, clavada en su sitio, inmóvil por la sorpresa.

John había seguido disputando con la francesa hasta que ésta, viéndose en la necesidad de dejarle, suplicó:

—Bueno, me iré. Pero dame un beso antes de marcharme para siempre...

—No, no...

Ella se ciñó a su cuello e intentó besarle.

En aquel momento había entrado Roxana en la estancia.

John estaba de espaldas a ella y no la vió, pero la otra, que se encontraba de frente, pudo observar la llegada de aquella mujer, la esposa de su amigo.

Y deseosa de causar algún daño, con repentina malicia hundió su boca en los labios de John y le abrazó y besó con extremado ardor fingido.

El ayuda de cámara, que veía la escena, temblaba. ¡Ah, cuando el señorito se enterara!

Roxana nada dijo. Volvióse pálida, sus ojos brillaron como dos rayos de fuego. ¡El miserable!

Y marchó prestamente, exaltada y dispuesta a tomar una resolución inmediata.

La francesa, orgullosa de su gesto, pugnaba por seguir besando a John, quien quería deshacerse de aquellos labios que parecían beber.

El criado, horrorizado por las consecuencias de la muda escenita, corrió a advertir a John:

—Perdón, señor. Su esposa les ha visto y se ha marchado...

—Mi mujer ha estado aquí? ¡Válgame el cielo! ¡Qué compromiso!

La francesa reía alegremente. Pues qué, ¡no era sabrosa su venganza?

John, enloquecido, corrió al cuarto de su mujer.

Pero ya Roxana había desaparecido, subiendo a un automóvil en compañía de la doncella.

—Prefiero morir a que mis amigas sepan que mi marido me ha traicionado a los cinco minutos de casada... — explicaba al subir al coche.

—¡Oh, señorita, los hombres!

—Embarcaremos en seguida para América. Mataré y enterré para siempre en mi corazón a John Clayton y desde hoy me presentaré como viuda...

El coche partió a toda velocidad. Todavía algunas aldeanas le echaron unos últimos granos de arroz.

Y frente a la posada quedó John Clayton, desesperado, profiriendo maldiciones contra aquella atrevida francesa que acababa de causarle tanto daño. ¡Y él que estaba enamorado de su mujer con apa-

sionamiento! ¡Ah, no, no podía acabar eso así; debían mediar explicaciones!

Se enteraría de donde marchaba Roxana e iría a su encuentro. El amor le daría fuerzas para hacerse perdonar.



Algunas semanas después, en Santa Bárbara, de California, la mejor amiga de Roxana aguardaba la llegada de ésta.

Betty Jackson, la amiga de Roxana, una rubia deliciosa, se casó también precipitadamente y se divorció a los pocos días. Ahora Ned Stewens era el nuevo novio de Betty, un hombre de negocios a quien le gustaban las rubias.

Roxana fué recibida cariñosamente por Betty y hospedada en casa de ésta.

La desdichada no pudo resistir al anhelo de confesar la verdad. Había abandonado a su marido porque sospechaba de él. No quiso decir que le había sorprendido con otra mujer, a los cinco minutos de la boda. Hubiera sido demasiado para ella.

—Pero no lo olvidéis — les dijo a Betty y a su novio —, soy para todo el mundo la señora viuda de Clayton.

—Sin embargo, señora, usted no es viuda de nadie... El hombre que se casó con usted no ha muerto — dijo Ned.

—¡Muerto y enterrado, Ned!

Después de una semana de pasar por viuda, Roxa-

na estaba desesperada y para distraerse decidió frequentar los clubs de moda. Aun contra su propia voluntad seguía pensando en su marido y en la simpatía personal que irradiaba su figura. ¡Le amaba todavía y le parecía imposible que la hubiese traicionado de aquel modo!

Una tarde fué Roxana a la terraza de cierto club con Betty y su novio Ned Stewens. Iba rigurosamente vestida de luto. A Ned le complacía mucho la agradable conversación de la viuda. Ella hablaba aturdida, reía, procurando olvidar...

—Lleva usted admirablemente su viudez, señora Clayton — le dijo Stewens con ironía—. Debería haber muchas viudas como usted...

—Hago lo que puedo por distraerme, pues él lo ha querido así. Pero tengo el corazón destrozado.

—¡Pobrecita amiga! — le dijo Betty.

—¡Oh, Betty, cada día voy creyendo más en la bondad de mi marido y en que fui injusta con él!

Quedó un momento pensativa evocando al esposo y aquella horrible escena en la posada.

—No tengo ánimo para nada y he perdido el apetito...

Llegaron algunos amigos del club y Roxana comenzó a lamentar su viudez ante aquellas gentes. Para ellas, era realmente viuda.

—¡Mi pobre marido era tan callado, tan prudente, tan amable, que ni siquiera se atrevía a mirar a otra mujer! — explicó.

—Hablaban de este modo con el deseo de que no la compadeciesen.

—¡Era un verdadero santo! — añadió.

Un caballero adelantóse hacia la mesa. Roxana le

miró y se levantó de repente, asombrada por aquella aparición. ¡Era su propio marido!

—Fué tal como usted dice, señora — exclamó



—Fué tal como usted dice, señora...

John que había escuchado aquella sarta de elogios.

—Pero...

John, enterado de que su mujer había partido para California, acababa de llegar a América. Necesitaba hablarla, excusarle su involuntaria conducta. Y habiendo sabido que todas las tardes iba a aquel club, acudía a sorprenderla. La vió con las tocas de viuda y sonrió... ¡Admirable combinación!

Por lo demás, John que había estado otra vez en California conocía a Betty y a su novio. De modo que estos saludaron risueñamente al antiguo conocido. Pero, ¿qué le ocurría a Roxana? ¿Por qué estaba pálida, inquieta, con una turbación tan grande?

—Señora Clayton — dijo Stewens —, permítame que le presente al duque de Morbay que acaba de llegar de Inglaterra. Duque, nuestra buena amiga, la señora viuda de Clayton. Perdió a su marido poco después de casarse.

Los dos se estrecharon la mano, con timidez, con insuperable miedo. Betty y su novio ignoraban, naturalmente, que el duque de Morbay fuera la misma persona que John Clayton, el marido de Roxana.

Roxana vaciló:

—Usted es...

John no quiso descubrir el engaño. ¿Para qué? Ya se encargaría el tiempo de la verdad. ¡Vaya con la viudita!

Y se apresuró a interrumpirla:

—Temo, señora, que mi gran parecido con su difunto esposo la cause pesadumbre... Yo fuí su mejor amigo, éramos inseparables — añadió sonriendo.

Conocedor de la estratagema de Roxana, no quería tampoco darse a conocer a los demás. Tal vez de este modo, bajo su verdadero título de duque de Morbay conseguiría recuperar el amor de su esposa.

—Espero, que el señor duque se dignará ser nuestro huésped — dijo Betty —. La señora Clayton se alegrará mucho de poder hablar con un antiguo amigo de su marido.

Roxana no contestó. ¿Cómo caer ahora en el ridículo de confesar? Pero le parecía imposible la

audacia de su esposo, el atrevimiento que demostraba.

—Acepto encantado — dijo John, alegremente —. ¡Vivir bajo el mismo techo de su viuda, hablar con ella, poder explicarla y reconquistar su amor, sin que los demás supieran aquella enojosa situación! ¡Magnífico!

—Tengo muchas cosas que decirla, señora Clayton. Ya hablaremos luego...

Ella no respondió, intrigada por la actitud de su marido. ¡El canalla!

Temerosa de dar un escándalo prefirió callar por el momento. Pero no se humillaría, mantendría incólume su dignidad. Mas a pesar de todo, comprendía que quería a aquel arrogante mozo, tan infiel...

Llegaron todos a la finca de Betty. Roxana tomó una resolución. No quería permanecer ni un momento más con John. Se sentía afligida, dolorida... Fué a su habitación y preparó en un momento su equipaje. Sabía que el mejor modo de salir de una difícil situación es... poner tierra por medio.

Acompañada de su fiel doncella se encaminó hacia la calle. Pero al atravesar uno de los salones que estaba a oscuras, alguien encendió la luz y ante ella se presentó la figura simpática de su marido.

—Mi encantadora viuda, ¿adónde quiere que vayamos?

Ella dió un paso atrás, enfurecida. ¡Siempre él!

—Yo me voy adonde me place. Usted puede irse con su francesa...

—Pero, ¿por qué no me deja usted que la explique?

—No necesita explicar lo que yo vi...

La doncella desapareció... Tal vez aquella explicación de los esposos sería el principio de la reconciliación.

—Basta de tonterías, Roxana. Si no haces lo que yo te mande, diré a todo el mundo la verdad de nuestra situación. Yo debo confesarte que te he sido siempre fiel...

Ella, muchacha mimada, comenzó a patear y a llorar. ¡Verse abandonada así, tan joven... y a los cinco minutos de la bendición! Esto no le había sucedido a ninguna mujer... sólo a ella por tonta, por fiarse de un hombre depravado...

Y enjugaba sus lindos ojos con un fino pañuelo ribeteado de negro.

John se lo arrebató y después de arrancar el cordón negro, le explicó:

—Por de pronto debes quitarte ese luto absurdo. Tú no eres viuda de nadie, sino mi mujer...

—¿Yo su mujer? ¡Nunca!

—Roxana, es lamentable tener uno que discutir con su propia viuda...

—No he buscado yo esa situación.

—Chiquilla — le dijo con dulzura —, te ruego me des ocasión de recuperar tu amor...

Ella vaciló un momento:

—No, no merece usted mi perdón...

—Roxana, he terminado para siempre con aquella mujer. Yo no quería dejarme besar, fué ella, ella, la maldita. Olvida aquel incidente y proclamaremos a los cuatro vientos nuestro amor.

—No, no puedo...

En el fondo deseaba perdonar, pero un orgullo

poderoso, el resquemor de la antigua ofensa, se lo impedia.

—Pues bien, ya que nada consigo de ti, voy a contarte a Betty toda la verdad y ya veremos lo que pasa.

Roxana le detuvo. Eso no. Sería demasiada humillación para ella el confesar que tenía allí mismo al marido que la había traicionado.

—No creo todavía en usted — le dijo —, pero no quiero dejarle sin esperanzas. Le voy a dar una semana para que me conquiste. Si no lo logra, seguirá usted siendo nada más que un muerto.

—Me prometo rendirte, mi amor...

—Espero una contestación formal hecha de rodillas. Entonces le contestaré lo que decida...

—Eso no... Basta que te repita que té quiero, que te amo mucho...

Arrodillóse y cogió a su mujer cayendo los dos al suelo. Entonces la abrazó fuertemente intentado besar sus labios.

Ella reía y protestaba ¡No... no...!

Y se hallaban en aquella situación cuando apareció Betty. Los esposos se levantaron rápidamente. John, riendo, se alejó de allí.

Roxana, toda encarnada, sin querer confesar aún la verdad, explicó a su amiga:

—Celebro, querida, que hayas llegado tan oportunamente. Ese hombre es un verdadero diablo.

—Lo veo... no digas más... No parece muy correcta la actitud del duque...

Se mordió los labios... Sentíase desolada por lo que había visto. Porque a ella, a Betty, también le gustaba John...

Durante la siguiente semana, Roxana recibió numerosas flores de su marido con la intención de desagraviarla. Pero también Ned Stewens parecía haberse enamorado de ella y le envió algunos lindos ramos.

Roxana hallábase encantada ante aquella lluvia de obsequios. Contestaba riendo, mostrándose tan amable con el Duque como con el novio de su amiga.

Un día Roxana bajó al salón llevando prendidas en el seno unas cuantas rosas. Eran las de Ned; aunque nada le interesaba ese hombre se las colocaba para dar celos a su marido.

El Duque fué a su encuentro:

—Roxana, esas no son mis flores — dijo seriamente.

Ela que no le había concedido aún el perdón, le rechazó:

—No me hable usted como si fuese su esposa. No soy más que su viuda.

Desgustado por aquella terquedad de su mujer le preguntó:

—¿Quieres decirme de una vez si mi amor significa algo para ti?

—Cuando se me declare usted de rodillas, le escucharé...

—Pero si éso está ya pasado de moda, descompone el traje y estropea los pantalones...

Ella se mantenía en su plan, señalándole un almohadón. Tenía que humillarse. Y John para evitar que continuase aquello, puso las rodillas en el mullido cojín.

—Mi linda viudita — dijo —, aunque sólo la he tratado una semana... y aunque usted mató, a sangre fría a mi mejor amigo... yo la amo a usted, la adoro... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Se resignaba a la comedia con el ánimo de conseguir el perdón.

Roxana le miró con amor. Le veía a sus pies, humillado, vencida su altivez... Pero no le perdonaba aún... Quería hacerle sentir el amargor de la derrota, del mismo abandono de que ella había sido víctima.

—De ningún modo. Lo que usted pide se sale ya de nuestro asunto...

El se levantó, rabioso. ¿Es qué no iban a acabar nunca?

—¿Me perdonas o no?

—¡No! Y no me tutee. Yo seré siempre su viuda... Ha perdido usted y deberá seguir haciendo el muerto.

—Estaré muerto para usted, pero hay otras mujeres... — contestó, despechado.

Ella hizo un gesto de indiferencia y salió.

John comenzó a pasearse furioso, preguntándose qué partido debería tomar ante la determinación irrevocable de su mujer.

Entretanto Betty había visto en el cuarto de su amiga Roxana varios ramos de flores y unas tarje-

tas de Ned Stewens. Sintióse súbitamente herida por los celos.

¿Conque Roxana, su mejor amiga, andaba en coqueteos con Ned? Betty no estaba dispuesta a consentirlo. ¿Es qué la había invitado a su casa para que la traicionara de aquel modo? ¡Qué mujer aquélla! Se pasaba el dia en coqueteos con el Duque y acaparaba también a Ned.

Bajó hacia el salón y encontró a John quien seguía entristecido por la dureza de su esposa.

—Querido duque, esnta traviesa viudita anda detrás de mi Ned — le dijo.

—¿Ella?

—Sí, señor. Ha perdido completamente la cabeza y se pasa el tiempo mandándole flores y regalos.

—¿Es posible lo que usted dice? ¡Y yo que soñaba con el amor de Roxana! ¡Qué desengaño!

Betty le miró tiernamente y le acarició con la mirada de sus claros ojos. ¡Qué vida aquélla! Roxana y Ned se escapaban de ellos, traicionándoles a los dos.

La doncella de Roxana les sorprendió en íntimo coloquio y se dirigió rápidamente al cuarto de la señorita.

—Tenga usted cuidado, señorita — le dijo—. Mientras usted se esfuerza en guardarlo muerto, hay otras mujeres que quieren volverlo a la vida... Estaba el duque hablando con la señorita Betty...

—¡Ah! quizás yo haya ido demasiado lejos en no querer perdonar... Voy a hacer las paces con mi marido. No se puede jugar con fuego, chiquilla...

Y se dispuso a bajar al salón para destruir aquel nuevo peligro.

Entretanto, sentados en un sofá, el duque y Betty dialogaban:

—Usted no es feliz, yo tampoco lo soy — decía la muchacha—. ¿Por qué no nos auxiliamos mutuamente?

Surgía en ella la perfidia de la mujer ofendida que quiere vengarse con las armas del disimulo.

—¡Tiene usted razón! ¿Qué haríamos?

Betty, luego de meditar unos momentos, explicó:

—Vamos a procurar que Ned y Roxana vayan al baile y nosotros organizaremos aquí una agradable cena íntima...

—¡Sí... sí, bonita venganza...!

—Pero tengo miedo de quedarme sola con usted. Los duques son tan impetuosos...

Y reía con afagazas e insinuaciones de coqueta...

El duque se sintió invadido de paz junto a esta amable criatura. Era bonita como un ángel, rubia como la luz.

—Sí, sí, Betty... les daremos una lección...

Ned Stewens penetró repentinamente en el salón. Betty y el Duque se levantaron aturdidos.

Vió Ned que los dos amigos se estrechaban la mano y frunció el ceño. ¿Qué pasaba allí?

Aquella noche, Ned y Betty habían acordado ir a un baile y Ned venía a buscarla.

—Me parece que me va a dar algo, Ned — dijo Betty—, precisamente el Duque me sosténía cuántu has llegado...

—¿Qué te pasa?

—Me encuentro muy mal, Ned, y me es impo-

sible ir al baile... Roxana irá contigo, ¿no te parece?

El joven intentó protestar, siguiendo a Betty que se dirigía hacia su cuarto. Quedó el duque abajo confesando que aquella muchacha tenía golpes maestros.

La muchacha se encerró en su habitación y Ned pasó ante la puerta, sin saber si marchar realmente al baile con Roxana o aguardar a que Betty se pusiera buena.

Pasó Roxana por la escalera y Ned le comunicó que deseaba ir al baile aquella noche con ella. ¿No le acompañaría?

Ella vaciló unos momentos. Ned era también su silencioso adorador. ¿Qué mal había en que fuese con él? Y sin reparar en los peligros de dejar a Betty y a John, llevada exclusivamente por repentina coquetería aceptó la invitación.

Saldrían poco después. Roxana bajó al salón esperando hallar al duque. Este aparecía distraído, pensando en Betty...

Y ante la vista de aquel hombre, el alma de Roxana se sintió turbada de nuevo. Olvidó momentáneamente a Ned, ella, carácter siempre inconstante, y acercándose a su marido, le dijo:

—John, ya sabes que yo te quería, pero no estoy dispuesta a que te burles de nuevo de mí...

El mostróse taciturno, cansado de las continuas variaciones de su esposa.

Roxana, sonriente, se arrodilló sobre un almohadón y suplicó cómicamente:

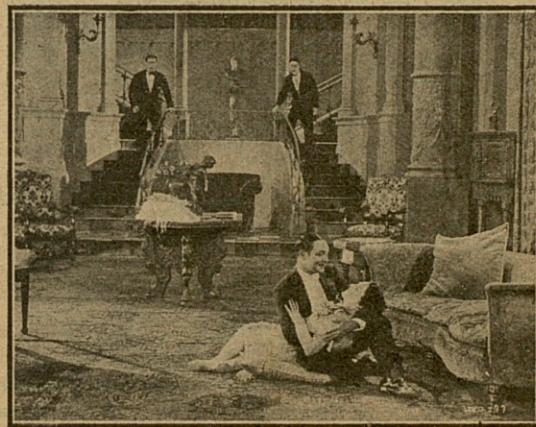
—Señor duque, aunque sólo le trato hace una semana, yo le amo, le adoro. ¿Quiere usted ser mi marido?

John rió ante la actitud de su mujer.

—Date prisa y dime que sí. El amor de rodillas es muy pesado...

—¡Roxana!

Prosternóse a su vez y se besaron largamente y



...entraron en el salón, Ned y un criado.

él la tomó en brazos y se sintió lleno de amor por aquella criatura.

En aquel preciso instante entraron en el salón, Ned y un criado.

Los dos esposos se levantaron aturdidos y ella quiso disimular:

—¡Oh, Ned, el duque ha estado enseñándome un viejo juego inglés. El juego del almohadón...

Ned no las tenía todas consigo. ¡Aquella coqueta!

Venía a buscarla para ir al baile con ella.

El criado entregó disimuladamente a John una nota que le había dado la señorita Betty.

John leyó:

Querido duque: Prométame ser bueno y cenaremos esta noche en mi cuarto. No falte usted.

Betty

Guardóse la carta en el bolsillo. Ned y Roxana se disponían a partir. La esposa, aunque hubiera deseado permanecer con John, había dado su palabra de ir con el novio de su amiga.

—Prometí antes salir con Ned... — dijo a John.

No podía rechazar la cita de Ned a pesar de la reconciliación con su marido. El duque lamentó aquella salida. Estuvo a punto de descubrir la verdad. Pero la cartita de Betty podía comprometerle. Era necesario hacer olvidar a ésta su venganza para que él pudiera verse libre.

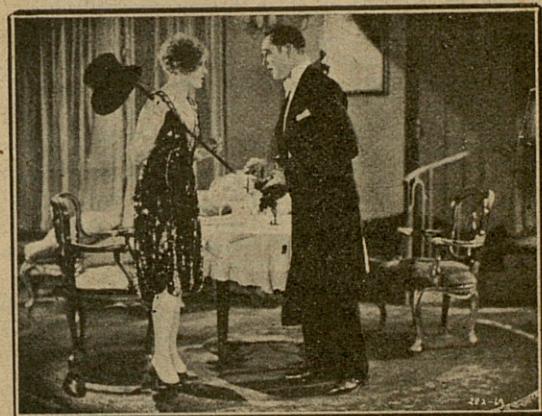
Ella, envolviéndole en una caricia, marchó con Ned.

Y el duque quedó pensativo preguntándose si había hecho mal en dejar partir a Roxana y aceptar el compromiso de Betty.

Pero no había ya otro remedio, aunque poco le importaba la rubia. Se excusaría de cenar con ella, y al día siguiente Roxana y él proclamarían a la faz de todos su amor. ¡Ay, aquel Ned! Ahora por vez

primera sentía celos... Quiso marcharse para evitar el peligro, pero Betty, le sorprendió, obligándole a entrar en su cuarto.

Había convertido su habitación en comedor; sobre



—No consiento que cene usted fuera de casa.

el albo mantel había exquisitos manjares y algunas botellas de champaña. Se preparaba la gran noche.

—Perdone, Betty, pero tengo que marcharme, no puedo aceptar...

—De ningún modo. No consiento que cene usted fuera de casa. Ande, a cenar...

Le arrebató el sombrero de copa y se lo puso ella, alegremente y agitó en su mano el bastón de su amigo.

La chiquilla parecía dispuesta a vivir aquella noche con toda intensidad.

—Ellos que se vayan donde quieran: nosotros también nos divertiremos, ¿no?

John estaba violento. ¿Cómo confesar ahora a Betty que ya Roxana y él se habían reconciliado?

Cenaron, matizando la comida con las grandes risas claras de la muchacha. ¡Qué bonita era ella! ¡Con qué pérvida dulzura hablaba!

John se hallaba violento. Betty le obligó a beber champaña a pesar de sus protestas. Después bromando con su amigo alzó uno de sus lindos pies y se descalzó el blanco zapato que cayó en una pequeña pila de agua...

El duque comenzaba a sentirse enfurecido contra las tonterías de la muchacha. Quitóse el frac y metió el brazo en el agua para sacar el zapato. Luego aunque él se oponía tuvo que calzar aquél tentador pie...

Y en tal momento, abrióse la puerta y aparecieron Roxana y Ned.

Estos muchachos se habían dirigido al baile y poco antes de llegar a él, Roxana al ver la pesadumbre de su amigo, que conducía el *auto*, le dijo:

—Anímese, Ned, vamos a pasar la gran noche como buenos amigos...

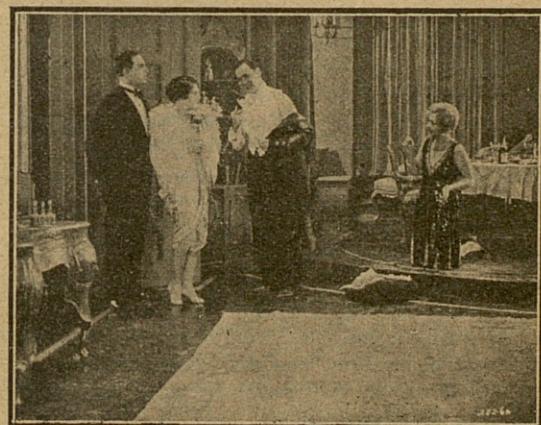
Pero él haciendo un gesto de disgusto, respondió:

—Yo no podré divertirme porque sospecho del duque y de Betty. Les he sorprendido estrechándose las manos amorosamente.

Roxana, repentinamente celosa, le obligó a retroceder. ¡A casa inmediatamente! ¡Ay, si encontraba juntos a su marido y a Betty!

Y en efecto, al abrir la puerta, hallaron a los dos en aquella actitud de confianza.

—¿De modo que esto es lo que nos preparaban, eh? — gritó la esposa.



—Si quieren ustedes escucharme, yo les explicaré...

El duque intentó excusarse, calmar la ira de su mujer.

—Si quieren ustedes escucharme, yo les explicaré...

—No necesita usted explicar lo que está a la vista — respondió Roxana.

Betty y Ned discutían aparte, procurando ella excusar su conducta pero recriminando también la de su novio.

Y el duque procuraba hacer entrar en razón a su esposa.

—Betty propuso esta cena después de haberme tú rechazado. Tuve que aceptar. Pero te aseguro que todo fué completamente inocente...

—Inocente? Entonces, ¿qué hacías con el zapato de Betty en la mano?

—El zapato resbaló y vino a parar a mis manos sin saber yo cómo...

Ella cortó la conversación. ¡No le creía una palabra! ¡Habían terminado!

Las dos muchachas y Ned fueron a la habitación de Roxana. Parecía dos rivales prontas a acometerse. El duque, deseoso de no perder detalle de la conversación las siguió y pudo ocultarse tras los cortinajes de un balcón.

Roxana reprimió duramente a su amiga la traición. ¿Era así como ella entendía la amistad? ¿Quitándole al hombre que adoraba? ¿Con qué derecho? A punto estuvo de confesársela que aquél era su marido, pero se contuvo aún.

Ned callaba, aturdido, lamentando aquella infidelidad de su novia.

Betty intentó defenderse.

—El tiene la culpa de todo, Roxana, yo soy inocente. Ese hombre es el mismo demonio...

John, en su escondite, aguzaba el oído.

—Verás lo que ocurrió. Yo estaba sentada cosiendo tranquilamente cuando entró el duque de repente y cerró la puerta.

Y haciendo grandes aspavientos cómicos explicó que John la había derribado al suelo sobre una piel de tigre y que había caído sobre ella para besarla.

Pero Betty, acordándose de su buena amiga Roxana, había rechazado al enamorado.

La esposa de John no parecía muy convencida.

—Pero, Betty, ¿cómo se explica que estuviese fuera su frac y tu zapatito?

Muy sencillo. Durante la lucha, le duque la había cogido por un pie y le arrancaba el zapato. Luego, dispuesto a amordazarla, y a impedir su resistencia, se había despojado del frac para tener más soltura en los movimientos. Eso era todo.

Pero ni Roxana ni Ned aceptaban estas excusas. Y desde su escondite, el duque se maravillaba de lo bien que sabía mentir aquella mujer.

Viendo que no lograba convencerles, Betty salió del cuarto. Y entonces, Roxana, iluminada por repentina pensamiento, propuso a Ned:

—Es necesario que también nosotros nos venguemos. Querían enredarnos, pues, ¡ea! ahora nosotros les engañaremos a ellos. Pasaremos la noche fuera, juntos, aparentemente solos, para demostrarles indiferencia.

Ned vaciló. Aquello era demasiado. Mejor era perdonar...

—No ponga usted inconveniente. Le espero en mi *auto*...

Ned salió, temiendo que el plan de Roxana fuera demasiado lejos. Y Roxana telefoneó a un hotel de los alrededores de la ciudad.

—¿Es la Villa de los Pinos? Necesito una habitación para dos personas, esta misma noche. Resérvenla.

Y, contenta de poder vengarse de su marido con las mismas armas que él usaba, abandonó el cuarto.

John salió de su escondite. ¡Ah, la maldita! ¡Le estaba engañando aquella viuda de nadie! Pero era su esposa, se había casado con ella y tenía el derecho de pedirla cuenta de sus actos.

Y se dispuso a sorprenderla en flagrante delito.

Llamó a Betty y le explicó lo que había oído. Ella hizo un gesto de indiferencia. Los despreciaba, no eran dignos de más.

—Y usted tampoco debe preocuparse por ellos. Lo tengo todo preparado para que usted y yo nos casemos mañana mismo. ¡Qué chasquito les vamos a dar!

¡Ah, si él pudiera hablar... decir que Roxana era su esposa!

—No es posible — dijo —, voy a buscar a los culpables. Al fin y al cabo nosotros no hemos hecho nada pecaminoso y ellos... ¡quién sabe! No se burlarán de mí.

—Pero, ¿qué interés tiene usted en perseguirles? Son libres. Ya ve, yo no me quejo y él es mi novio. Aprenda usted de mí.

—¡Oh, Betty, quién sabe si algún día podré contárselo todo! Ahora sólo le digo que me tenga compasión...

Y rechazando los ruegos de ella, subió a un automóvil y partió en dirección a la Villa de los Pinos.

En una habitación del hotel se encontraban Roxana, contenta de aquella última venganza, y Ned que temiendo alguna complicación, sudaba tinta.

—Pero, Roxana, esto es demasiado. Yo no puedo seguir esta broma — decía, angustiado.

—Pues, aguántese, querido amigo. ¡Lo que van a

decir mañana cuando sepan que hemos pasado la noche juntos!

—Déjeme marchar, Roxana, tengo un terrible dolor de cabeza...

—¡Imposible!

La joven se dirigió al tocador y Ned quedó sudoroso temiendo las consecuencias de aquella escapatoria. El duque parecía muy enamorado de Roxana y tal vez no toleraría aquel desliz.

Para distraerse cogió un periódico y lo primero que leyó fué esta noticia que le heló la sangre.

Doble tragedia en la alta sociedad. Un rival, celoso, mata a una pareja de enamorados que trataba de fugarse.

¡Ah, él no estaba dispuesto a caer bajo el revólver del celoso duque!... Pero Roxana apareció de nuevo ante él.

Se había despojado de su vestido de calle y se cubría ahora con una magnífica bata de seda. Estaba adorable, seductora, sencillamente magnífica.

Y Ned, con la influencia de aquella aparición, cambió en el acto de modo de pensar. ¡Qué hermosa era! ¡Qué atracción, qué belleza la suya!

—Querida Roxana — murmuró —, me encuentro mucho mejor. Mi dolor de cabeza ha desaparecido.

—Lo celebro...

El se acercó y pretendió apresarla en sus brazos.

—Roxana, chiquilla, ¿sabes qué ahora me doy cuenta de que yo también soy un diablillo?

Y quiso besar sus labios en flor, su cuello blanco y desnudo de camelia.

—Cuidado, Ned... no olvide que estamos representando una farsa...

—Tu belleza no es una farsa, Roxana, es una cosa adorable y real... Y te quiero, y esta noche estamos solos tú y yo...

—Calle, loco, imprudente...

El auto que conducía a John se paró en medio del



—...¿sabes que ahora me doy cuenta de que yo también soy un diablillo?

camino. ¡Ah, mala suerte! ¿Y dónde estaría ahora el Hotel de los Pinos?

Pasó otro auto y John dijo al chófer:

—Veinte dólares si me conduce usted en seguida a la Villa de los Pinos.

—Vengan. — dijo el conductor.

El le entregó un billete y entonces, el chófer, riendo, le señaló un edificio que estaba al lado del camino, a pocos pasos.

—Aquí tiene usted lo que busca...

El duque le miró indignado. Pero había prometido los veinte dólares. Y el chófer se alejó pensando en cómo gastaría aquel dinero tan rápidamente ganado.

Con la actitud de un esposo ofendido, llevando en las manos una herramienta que había quitado del auto, John, penetró en el hotel, preguntó por los dos amigos y se dirigió prestamente hacia la habitación.

Como a pesar de los golpes que él diera, no contestaban, abrió violentamente la puerta.

Vió a Roxana que luchaba por desasirse de los brazos de Ned que se enroscaban a su cuerpo. ¡Ah, el miserable! Fué a caer contra él.

—¡Entregue usted a esa mujer! — gritó.

Los dos se volvieron rápidamente. Roxana sonrió orgullosa al ver la actitud de su marido. ¡Ah, le quería aún, pues venía a reclamar sus derechos!

—¿Qué tiene usted que ver con esta pobre viuda?

— le dijo Ned, rechazando la intervención intempestiva del duque.

—Esa viuda es mi viuda — respondió él, fuera de sí.

—No le entiendo...

—¡Quiero decir que es mi mujer!

—¡Ella, su mujer! pero, ¿está usted casada? Roxana afirmó:

—Sí, Ned... él es mi marido... John Clayton, duque de Morbay...

PRÓXIMO NÚMERO:
LA COPA DE LA FELICIDAD

por la bellísima Constance Binney

Postal-obsequio: GRETA GARBO

La Novela Femenina Cinematográfica

sale todos los viernes. Precio: 30 cts.

AYER APARECIÓ

el libro 95 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

HERENCIA DE MUERTE

por ANTONIO MORENO, MARY MILES MINTER, etc.

**MUY EN BREVE
EL HIJO DEL ARROYO**

de ARTHUR BERNEDE

COLECCIÓN DE NOVELAS SENTIMENTALES

DE

Ediciones BISTAGNE

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

“NO LO OLVIDE NI LO DEMORE!!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

*Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios*

*Pida
detalles
a*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA